

menos pesado, pero hay que moverse con cierta lentitud para no sentir la angustia del sorocho.

Mirando á lo alto, el espectáculo resultaba sorprendente. Nunca he visto tantas estrellas ni de tan extraordinaria magnitud. Parecían astros nuevos. Los que ordinariamente centellean en el cielo como agudos puntos de luz, brillaban ahora con el tamaño de una moneda. La pureza del espacio, limpio de nubes, y la rarefacción atmosférica de las alturas parecía aumentar las dimensiones de los escudos de plata y oro sembrados á puñados en el campo del cielo.

Dentro del hotel sonaba el bordoneo de una guitarra, y algunos hombres entonaban canciones andaluzas. Eran unos muchachos de Granada que regresaban á la capital de Bolivia, donde tenían sus establecimientos de comercio, llevando con ellos á algunos compañeros de la tierra para que conquistasen fortuna en dicho país. Habían hecho una parte del viaje sumidos en el adormecimiento angustioso del mal de la Puna, pero al encontrarse en el hotel con una guitarra y una cena, restablecióse su buen humor. A la madrugada siguiente iban á continuar el viaje en una diligencia, atravesando una parte de Bolivia, poco más ó menos como se viajaba hace cerca de un siglo.

El dueño del hotel también era español; un aragonés originario de la tierra más brava de dicha región: de las famosas Cinco Villas, cuyos habitantes aceptan con orgullo el apodo de «brutos» con que les distinguen los demás pueblos aragoneses.

El «bruto» de las Cinco Villas me contó que hacía como unos veinte años que rodaba por América, habiendo vivido en Chile, Bolivia y la Argentina. Sus numerosos hijos eran nacidos en diversas ciudades de las tres naciones. Conservaba aún el acento baturro, notándose en sus palabras cierta emoción al recordar la tierra natal. El no podía volver allá: le llevarían á presidio. Y no era que hubiese cometido ningún crimen, sino simplemente que en una elección de diputados se había llevado veintitrés actas en blanco de otros tantos colegios electorales.

— Metí en un saco las veintitrés actas, señor, y me las eché á la espalda para llevárselas á mi diputado. Ya sabe usted que allá se acostumbran estas bromicas. Era un juego para servir al partido. Pero tuve mala suerte y en el camino me prendió la Guardia civil.

— ¿Y al saco también lo prendieron? . . .

— Al saco también; y ése fué lo que llaman allá «el cuerpo del delito», y por el maldito saco me sentenciaron á doce años de presidio, y los habría tenido que us-

frir á no venirme á América. . . Esta es la gran tierra. He pasado malos ratos, como se pasan en todas partes; pero ahora tengo esta casa y me dedico al comercio. Vea qué le parece esto.

Y sacaba de sus bolsillos algo así como pellas de barro amarillo, petrificadas. Eran pedazos de oro comprados á los indios de las minas de Bolivia. También comerciaba en pieles de chinchilla, en cobertores fabricados con cueros de guanaco y vicuña, y enviaba sombreros de jipi, tejidos en Guayaquil, á las grandes tiendas de Buenos Aires.

— Aquí se trabaja mucho, señor. Los principales comerciantes de la Quiaca también son de allá, de la tierra. . . Luego vendrán á verle los paisanicos.

Era extraordinario encontrar en el corazón de América, en la solitaria Puna, que aun se conserva como en los tiempos de la conquista, á 4.000 metros sobre el nivel del mar, aquel chusco baturro, que hablaba con naturalidad de «la bromica de las veintitrés actas», recordando costumbres que me parecían de otro planeta al ser evocadas en este sitio.

A las diez de la noche, hora que es para la Quiaca lo que las dos de la madrugada en una gran ciudad, el hombre de las actas en el saco me presentó á los paisanicos.

Eran cinco jóvenes catalanes, dueños de las tiendas que forman todo el caserío de la población.

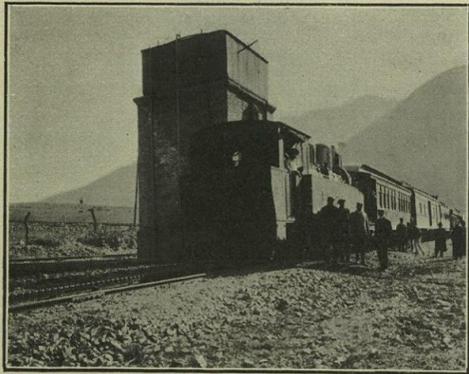
— Ustedes serán la Cámara de Comercio de la Quiaca — dije yo en tono de broma.

Y ellos, jóvenes laboriosos y serios, incapaces de perder el tiempo en vanas palabras, contestaron decididamente:

— Sí, señor.

Luego hablamos de su tráfico, un tráfico novelesco, como el de los comerciantes de factoría en tierras salvajes que figuran en ciertas novelas de aventuras. Vendían á los indios bolivianos harina, ropas, armas, conservas y otros objetos de importación europea, y los indígenas les pagaban con pieles de cabra montés, de vicuña y de guanaco, pellejos de condor con sus plumas, «tambores de coca», llamados así por la forma redonda del receptáculo que contiene las hojas prensadas, y sombreros de jipi de la más fina labor, que se ostentan luego en los escaparates de Europa á precios fabulosos.

En este tráfico con las tribus que llegan á la frontera procedentes del corazón de Bolivia, apenas se hace uso del dinero. El cambio de productos, como en los tiempos primitivos, rige todas las transacciones comerciales. El principal objeto de compra es el oro, y la Cámara de Comercio de la Quiaca, registrándose



UNA SECCIÓN DE CREMALLERA EN EL FERROCARRIL Á BOLIVIA

los bolsillos, me enseñó varios pedruscos de un amarillo tierno y suave, que inspiraban la tentación de hincarle el diente; fetiches de misterioso poder, que impulsan á los hombres á las más atroces diabluras.

Algunas de las tribus que vagan por el Sur de Bolivia y llegan á la Quiaca para efectuar cambios comerciales, guardan vivos recuerdos de la antigua grandeza del Perú y sus Incas poderosos, en forma de leyendas patrióticas, semejantes á las de la Europa de otros siglos.

Hasta hace poco tiempo, ciertas tribus vestían de negro, transmitiéndose de padres á hijos este luto general, que era, según decían, por la muerte de Atahualpa y la desaparición de los Incas.

Otras tribus más crédulas y entusiastas acariciaban una vaga esperanza de restauración y grandeza. Según las leyendas que circulan entre ellos, Atahualpa no ha muerto. El jefe de los hombres blancos dió orden de que lo degollasen; pero el Inca, gracias á sus tesoro-

ros, logró vencer la dureza de los soldados encargados de la ejecución, y pudo huir. Estos soldados, para engañar á su jefe, le presentaron una cabeza de llama desollada, afirmando que era la cabeza de Atahualpa.

En esta leyenda, lo que más llama la atención es el concepto que los indígenas tienen de la belleza de su raza, concepto que hace verosímil que una cabeza de llama pueda confundirse con la de un hombre.

Los crédulos indígenas, próximos á desaparecer, se imaginan que Atahualpa vive todavía, después de transcurridos tres siglos; que está oculto en las montañas, y algún día volverá á mostrarse, restableciendo el imperio de su raza.

Esta esperanza absurda no es nueva ni merece burlas. En la vieja Europa, el populacho alemán esperó durante siglos la vuelta de Federico Barbarroja; los ingleses creyeron en la reaparición del rey Arthus, y algunas viejas portuguesas del campo sueñan aún con el regreso milagroso del aventurero rey Don Sebastián.

CATAMARCA

Los 90.000 kilómetros cuadrados que ocupa esta provincia sólo tienen una población de 100.000 habitantes, y de éstos una gran parte son mestizos, producto de la mezcla de los españoles con los indios calchaquíes, andalgalás y quichúas, tribus que llegaron á tener, antes de la conquista, una civilización rudimentaria, pero con un carácter propio.

Estaba la actual provincia de Catamarca y parte de las inmediatas en la frontera de los grandes territorios dominados por los Incas del Perú, y los jefes de sus tribus, aunque vasallos y feudatarios del emperador del Cuzco, vivían con cierta autonomía y seguían los usos de una civilización propia, que, según Ameghino y otros autores, databa de una gran antigüedad y era muy diferente á la peruana.

Siendo Catamarca un país de grandes montañas, como todas las provincias de la República llamadas andi-

nas, su antigua población indígena dividíase en dos clases: los montañeses, que vivían de la caza de la vicuña y el guanaco y criaban llamas para que les ayudasen en sus trabajos, y las tribus agrícolas, que ocupaban los valles, y por esto mismo se llamaron calchaquíes;

pues la palabra calchaquí significa, en lengua quichúa, «rincón donde se cosecha ó donde se amontona». Estas tribus llegaron á poseer un arte rudimentario, siendo su principal manifestación la alfarería, como en todos los pueblos primitivos. Aun hoy se encuentran en algunas quebradas y cuevas de Catamarca depósitos de jarrros y platos pintados con vivos colores, así como ar-

mas, placas y varios instrumentos hechos de bronce. Una pequeña parte de la población de Catamarca se ha mantenido aislada después de la conquista, guardando, durante las generaciones sucesivas, la pureza de su sangre española. Estas familias constituyen á



CATAMARCA. UN ESTABLECIMIENTO DE BAÑOS



PAISAJE DE CATAMARCA



PAISAJE ANDINO DE CATAMARCA

modo de una aristocracia en medio de la masa mestiza. El campesino de Catamarca es sobrio, como hay que serlo forzosamente en un país donde la agricultura vive en estado rudimentario, y, como consecuencia, abundan los pobres. El *locro* de maíz ó de trigo, la *mazamorra* y la hierba mate constituyen toda su alimentación. En días extraordinarios comen *charqui*, ó sea carne seca en estado de cecina.

Esta provincia pertenece casi por entero á la región andina, y algunos ramales de los Andes vienen á acabar en su territorio. El aspecto físico es variadísimo. Hay en Catamarca cumbres con nieves perpetuas, mesetas áridas y peñascosas, y junto con estos paisajes de desolación, valles de frondosidad primaveral, árboles gigantes y verdes llanuras refrescadas por arroyuelos.

El valle donde se halla asentada la ciudad de Catamarca es lo mejor de la provincia. Reina en él un clima benigno y sano, que únicamente se hace molesto en los meses veraniegos, por su extremado calor. El invierno resulta más tolerable. A pesar de la vecindad de los Andes resulta tan suave este clima en dicha estación, que el agua muy rara vez llega á congelarse durante la noche. Las lluvias son escasas.

Este valle de Catamarca mide unas cincuenta leguas de largo y está regado por el río del Valle Viejo, ó por otro nombre, de Catamarca. En la parte occidental de la provincia hay altiplanicies de 3.000 metros, en las que se sufre el mal de la Puna. Los valles catamarqueños están regados por varios ríos, proce-



UN VIEJO DE CATAMARCA

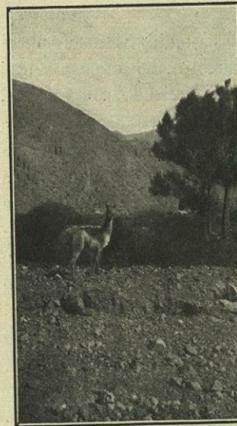
dentos de la cordillera. Éstos son en el invierno insignificantes cursos de agua; pero al llegar el verano y ocurrir el deshielo de las cumbres, se hinchan y saltan como impetuosos torrentes. Puede decirse que Catamarca, con todos sus desniveles interiores, no es más que un enorme valle, encerrado entre la cordillera de Aconquija y la precordillera de los Andes.

* * *

La fauna de Catamarca se diferencia poco de la de las otras provincias. El guanaco y la vicuña corren en tropillas por los parajes más desiertos. El llama, sometido á la domesticidad y buen compañero del hombre, le sigue en su trabajo. En las espe-

suras de la provincia menos habitadas vive el jaguar ó tigre y el co guar, al que llaman león americano. También existen el gato montés y el zorro de montaña, que se diferencia bastante del zorro común. En los valles altos de la cordillera son muy abundantes los gamos y venados. En los peñascales de las cumbres cuelgan sus nidos las aves de rapiña, que son enormes y muy numerosas, figurando como las principales el condor, el cuervo *urnubu* y el *urubu de cabeza roja*. En las tierras más bajas hay pájaros de vistoso plumaje ó alegre canto, abundando el loro, la catita, el picaflor, el bienteveo, el zorzal, la calandria y el chingolito. También existe la golondrina azulada, que hace sus nidos en las casas. El *nandu* ó avestruz americano corre á grandes zan-

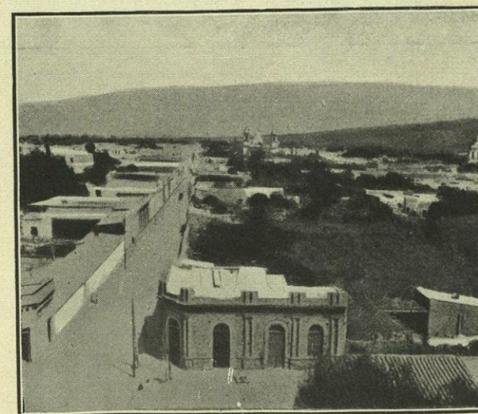
cadás, moviendo su cuello de serpiente, por las llanuras incultas. Abundan los reptiles en ciertos lugares de la provincia, siendo los más temibles la víbora de la cruz, la víbora coral, la serpiente de cascabel y otra llamada *punará*, que es bastante común en los parajes secos.



UNA VICUÑA

Sufre Catamarca la fatalidad de ser una gran parte de su suelo arenoso y sumamente permeable, lo que hace que se pierdan los cursos de agua á poco de avanzar en el territorio. Esto ha obligado á los pobladores á acumular sus centros de vida y sus explotaciones agrícolas al pie de las serranías, para aprovechar las corrientes que bajan de ellas, antes de que se pierdan en los arenales. El riego es algo capital en esta provincia, de clima ardiente, por estar situada cerca del trópico, y donde la lluvia cae muy de tarde en tarde.

En los terrenos que cuentan con la seguridad del riego, la vegetación es muy variada. Catamarca, á causa del clima y de la sucesión de alturas, puede escalar todos los productos de las diversas zonas del planeta. Crecen en ella desde el tabaco, que sólo se cultiva en proporciones insignificantes, y los naranjos y limoneros, á toda clase de cereales y frutales de los países fríos. El cultivo de la viña es el más adelantado, produciendo especialmente uvas de mesa, que son objeto de exportación.



UNA CALLE DE CATAMARCA. (En el fondo la sierra de Ambato).

En los valles más abrigados la arboleda se mantiene florida casi todo el año. Los bosques son muy tupidos en algunas partes: en otras carecen de espesor, y sus árboles ralos se distancian, dejando anchos espacios abiertos, en los que pasta el ganado. Algunas serrerías cortan árboles para utilizarlos como maderas de construcción; pero la principal industria de las selvas consiste en la extracción de leñas, que sirven de combustible á las locomotoras y máquinas de talleres.



VENDEDORA DE EMPANADAS

Los bosques de Catamarca tienen, sin embargo, buenas especies de quebracho colorado, viscotes negro y blanco, cebil, piquillín, brea, coco, palo borracho y otras muchas.

La agricultura, que sólo posee unas 24.000 hectáreas cultivadas de vid, caña de azúcar, algodón y otros productos, todo en pequeña escala, tiene menos importancia que la ganadería, que cuenta con 900.000 cabezas entre ganado bovino, caballar, mular, cabrío, ovino y porcino. Esta riqueza ganadera representa algo si se la pone en parangón con la agricultura catamarqueña, pero resulta insignificante comparada con la ganadería de otras provincias.

La minería es más importante. En la sierra de



CATAMARCA. HOSPITAL MIXTO



CAMINO DE LA CORDILLERA

Aconquija hay filones de oro, plata, cobre, hierro, azufre y platino. De estas minas las más importantes son las llamadas de Capillitas, muy abundantes en cobre y plata.

En las lagunas Blanca, Colorada, Helada y Verde, así como en las salinas de Pomán y Tinogasca, hay abundancia de cloruro de sodio, boratos y nitratos de soda.

En la sierra de Ambato abunda el caolín, que se emplea para fabricar porcelanas y ladrillos refractarios.

Catamarca tiene en su territorio dos líneas férreas que la ponen en comunicación con el resto de la República; pero la gran distancia á que se halla del litoral hace que resulte muy caro el transporte de sus productos.

Los caminos interiores de la provincia apenas sirven para el tránsito de carros. Casi todos son de herradura, transitando por ellos largas recuas de mulas que llevan á lomo las mercancías.

La provincia de Catamarca, á semejanza de Salta y las demás regiones andinas, sostiene gran parte de su comercio con la vecina República de Chile á través de los Andes. Las arrias de ganado y las recuas de los arrieros mercaderes emplean los pasos de las Pircas Negras ó de Piedra Blanca para ir desde la población catamarqueña de Tinogasca á la de Copiapó, en el territorio de Chile. En este viaje pasan por la laguna de Mulas Muertas y la sombría quebrada del mismo nombre con dirección á la gran laguna llamada Brava, que es de aguas saladas, y tiene 15 kilómetros de largo por 10 de anchura. De allí se continúa el viaje por unas quebradas cubiertas de carbonato de soda, hasta el paso de las Pircas Negras y el Peñasco de Don Diego, de

donde se baja al valle de Copiapó. Durante el verano es frecuente el paso por estos lugares de los ganados que se exportan á Chile.

* * *

La ciudad de Catamarca ha tenido varios nombres y ocupado diversos emplazamientos. La primera capital del territorio la fundó Don Juan Pérez de Zurita en 1558, en el valle de Quimivil, dándole el extraño nombre de «San Juan de la Ribera de Londres».

Los indios calchaquíes la destruyeron á los pocos años, y en 1607 fué reedificada por el gobernador Don Alonso de Rivera. Pero los indios volvieron á sublevarse veinte años después, destruyéndola totalmente en 1627. Su vecindario tuvo que vagar por el territorio catamarqueño, acampando en diversos sitios, hasta que, transcurridos cincuenta y seis años, un gobernador llamado Don Fernando de Mendoza Mata de Luna fundó, en 1683, la ciudad de San Fernando de Catamarca en un valle limitado por las sierras de Ancasti y Ambato.

Ocupa Catamarca una meseta de 530 metros de altura á orillas del río del Valle y está surtida de aguas por el arroyo Tala. Bien necesita de este arroyo, pues el río del Valle está seco gran parte del año, y sólo en la estación de las lluvias cubre su cauce una fuerte corriente.

Su temperatura habitual es la de todas las provincias andinas: extremadamente calurosa en verano y templada en invierno. Allí donde la tierra no recibe la caricia de la irrigación, es árida y monótona; pero donde hay riego

se cubre de una vegetación abundante.

La ciudad es modesta, pues no abundan en ella grandes construcciones. Su vecindario consta de 18.000 individuos. Las calles guardan la antigua forma, siendo rectas y perpendiculares unas á otras.

El aspecto exterior de Catamarca es muy gracioso



CORTANDO CAÑA DE AZÚCAR

y atrayente, por aparecer rodeado su blanco caserío de un sinnúmero de chacras de frondosa vegetación. El edificio más vistoso es la iglesia principal ó matriz, con altas torres, que se destacan sobre la masa de las techumbres. La Casa de Gobierno, la Municipalidad, el Colegio Nacional, la Escuela Normal y las sucursales de los Bancos figuran como los principales edificios. Tiene además la ciudad hospitales, fábricas, colegios, una biblioteca, varios clubs y servicio de tranvías.

En instrucción pública, Catamarca ha adelantado mucho á impulsos de la acción gubernativa nacional. Hace quince años sólo tenía 60 escuelas, con unos 4.000 alumnos. Hoy cuenta con unas 150, á las que asisten 14.000 niños.

En la iglesia matriz es objeto de gran adoración la «Virgen del Valle», famosa en toda la provincia por sus milagros que atestiguan numerosos ex votos, ofrendas de creyentes de fe inquebrantable, que son los que con preferencia reciben sus beneficios. Esta escultura, venerada por los cristianos, parece que es un antiguo ídolo de los indios. Ocultáronla éstos en una de las primeras alturas de la sierra de Ambato, como todos los objetos que creían de algún valor, para sustraerlos á la codicia de los conquistadores españoles. Dos siglos después un anciano encontró el ídolo en su escondrijo, y bastó este descubrimiento para que las gentes sencillas creyesen que era una imagen de la Virgen, bajada del cielo sin más propósito que el de proteger á la tierra de Catamarca... Y el antiguo ídolo sigue haciendo milagros para los cristianos, como en otros siglos lo hizo indudablemente para los indios calchaquíes.

Las poblaciones más importantes de la provincia después de Catamarca son Belén, Chumbicha, Ancasti, Pomán,

Santa María, Andalgalá y la ciudad de Londres... que así se llama un pueblcito, poco más que una aldea.

* * *

Catamarca sufre un grave mal interior, que es común á otras provincias é impide su desarrollo.

Buenos Aires, situada á más de 1.000 kilómetros de Catamarca, ejerce en ella un deslumbramiento fascinador. El ilustre escritor Don Enrique de Vedia habla en uno de sus libros de esta atracción que la capital federal hace sentir á las provincias más lejanas y pobres, absorbiendo sus mejores fuerzas é impidiendo con ello su desarrollo. Todos los catamarqueños de alguna intelectualidad, ó que se sienten con energías para la lucha por la

existencia, abandonan su país en busca del amplio escenario de Buenos Aires. Por esto la citada provincia, como otras muchas, se resiente de falta de elementos sociales, pues los que posee van á perderse en la capital federal, que no necesita de ellos, ya que empieza á sufrir los efectos de una abundancia pletórica.

La provincia de Catamarca es de las más pobres y podía ser muy rica. El elemento más necesario para su prosperidad es el riego. Cuando nuevas obras hidráulicas conserven y distribuyan el agua de ríos y manantiales que ahora se pierde tragada por las arenas, Catamarca será un país opulento, pues su tierra da ópimos frutos siempre que se halla libre del peligro de la sequía.

Los ferrocarriles suprimieron ya el obstáculo de la distancia, que mantenía en triste aislamiento á esta provincia, así como á La Rioja. Los nuevos medios de comunicación han reanimado la vida de Catamarca. Ahora sólo la falta el desarrollo de las obras irrigatorias que han de cambiar su situación económica.



CATAMARCA. IGLESIA MATRIZ Y CASA DE GOBIERNO



UN PUEBLO DE CATAMARCA